

La muerte le dio a su cara
una blancor marfilina,
la mirada de sus ojos
clava una luz aquilina,
de pavor tiembla al mirarlo
la turba que lo asesina
y el brazo como una antorcha
las tinieblas ilumina
y la cabeza ultrajada
frente a los Andes culmina.

¡Don José Miguel Carrera
es una imagen divina.

Nunca, nunca, ha de olvidarlo
el pueblo que lo quería:
irá creciendo su imagen
y su pasión encendida
y el ansia que alimentaba
hallará, en su muerte, vida.

Patíbulo de Mendoza,
a tres hermanos tú miras

y tu verdugo persigue
la flor de la gallardía;
a las cabezas más claras
su mano las decapita;
pero, a través de los años,
esa sagradas cenizas
cantan en mi corazón,
palpitante urna votiva
donde arde siempre el recuerdo
con perenne llama viva.

Mirando a través de un siglo
en mí florecen las rimas
como el musgo melancólico
en tus fatídicas ruinas.

¡Don José Miguel Carrera
en ellas perdió la vida.

Así trataba a sus héroes
la patria recién nacida.

Cinco Romances de la Patria. Imprenta Universitaria. Santiago de Chile, 1954, págs. 39 a 44.

ANGEL CRUCHAGA SANTA MARÍA

Responso para José Miguel Carrera

I

Avanzas de la muerte en un latido.
Hasta nosotros vacilante vienes
y una rosa en el hueco de tus sienes
se cimbra en el silencio como un nido.

Contigo llega el viento de la hazaña
del Húsar de Galicia en un caballo
que herido cae envuelto en el desmayo
de la sangre magnífica de España.

Tu senda entonces dibujó el futuro
y en luz y entraña se templó de nuevo
para la bizarría del mancebo
y complacencia del destino duro.

Lejos, la patria tras el mar lucía
entre cristales su perfil de olivo
y de ella el corazón era cautivo
en el umbral de su melancolía.

II

España quedó atrás toda dorada
en el imperio de su primavera
y el alma generosa de Carrera
fue como vela por el mar combada.

La casa hidalga ardió de regocijo
y el padre sonrió desde sus canas
y en un lento rebato de campanas
descendieron las lágrimas del hijo.

Después vino el amor entre destellos
creció la sombra, el desgraciado sino
y vio el joven atada a su destino
a la muerte tocando sus cabellos.

III

La Patria Vieja tu perfil grabado
tiene en sus metales, y azucenas
para ti se alzan siempre en Yervas-Buenas,
General de la Patria desdichado.

Atravesaste en tu caballo el viento
que movía el trigal de la Argentina
y cuántas veces una fresca encina
pudo enjugar tu rostro polvoriento.

IV

Mirando a los fusileros
erguiste el rostro patricio,
tan cerca de la montaña,
de la esposa y de los hijos.

¡Oh, pimientos de Mendoza,
 sauces, como tú, tranquilos!
 Al morir te acompañaban
 tus dos hermanos caídos,
 trinidad de corazones
 e idéntico torbellino,
 tres piedras, tres desventuras
 atadas a un solo abismo.
 Chile golpea en los pechos
 su largo batir de río.
 Chile golpea en las manos
 con látigo de suspiros.
 Don José Miguel, la muerte
 espera con ánimo digno,
 como allá cuando era España
 un zarzal de sacrificio.
 La muerte lo mira largo.
 El tiene sus ojos fijos
 en una mujer que sueña
 junto al pecho de sus niños.
 Siente el rumor del Mapocho
 que va mellando los riscos.
 ¿La muerte viene de dónde?

El saberlo es desvarío.
 Ya es la hora de cerrar
 el aro de su destino.
 Es la hora en que los bravos
 ven en el alma un resquicio
 en que cae todo el cielo
 sin pavor en el vacío.
 Muere don José Miguel,
 pero aún queda su brillo,
 la línea de su perfil,
 el pétalo de su frente,
 curvado como un anillo,
 su sangre, una mano en vilo,
 un mechón en los cabellos
 sobre la frente prendido.
 Los pies tocaron las olas
 de cera del infinito.
 La cordillera en Mendoza
 lloró arroyuelos de vidrio
 y el tiempo movió arenas,
 pájaros, rosas, molinos.

Rostro de Chile. Págs. 89 a 92.

PABLO NERUDA

Manuel Rodríguez

Señora dicen que donde,
 mi madre dicen, dijeron,
 el agua y el viento dicen
 que vieron al guerrillero.

Puede ser un obispo,
 puede y no puede,
 puede ser sólo el viento
 sobre la nieve,
 sobre la nieve, sí,
 madre, no mires,
 que viene galopando
 Manuel Rodríguez.

Ya viene el guerrillero
 por el estero.

CUECA

Saliendo de Melipilla,
 corriendo por Talagante,
 cruzando por San Fernando,
 amaneciendo en Pomaire.

Pasando por Rancagua,
 por San Rosendo,
 por Cauquenes, por Chena,

por Nacimiento,
 por Nacimiento, sí,
 desde Chiniñigüe,
 por todas partes viene
 Manuel Rodríguez.

Pásale este clavel
 Vamos con él.

QUECA

Que se apague la guitarra,
 que la Patria está de duelo.
 Nuestra tierra se oscurece.
 Mataron al guerrillero.

En Tiltil lo mataron
 los asesinos,
 su espalda está sangrando
 sobre el camino,
 sobre el camino, sí.

¿Quién lo diría,
 el que era nuestra sangre,
 nuestra alegría.

La tierra está llorando.
 Vamos callando.